

NOTAS Y COMENTARIOS

LA PREGUNTA POR LA MUJER (°)

Con penetrante sagacidad, el autor de esta obra —muy conocido en el ámbito de la filosofía tomista— ha elegido tres mujeres “tipos”, que responden sobre “la mujer”: *Simone de Beauvoir*, *Simone Weil* y *Edith Stein*. Tres mujeres de conocido renombre, muy diferentes entre sí, y que también, de diverso modo, dan una respuesta al tema. Cada una de ellas formula su respuesta con sus escritos y con su vida como testimonio del ser femenino. La vida de cada una de ellas encarna un aspecto del ideal de mujer, que ellas a su vez expresan en sus teorías sobre la misma. Y al hacerlo desde diversas y hasta opuestas posiciones, sus respuestas subrayan también diversos aspectos del problema, complementarios o contradictorios entre sí: Simone de Beauvoir, la *libertad*, Simone Weil, el *anonadamiento y la inmolación por el bien de los demás*, y Edith Stein, el *testimonio del alma y la expansión del amor*.

1. — *Simone de Beauvoir*

Simone de Beauvoir adopta los puntos fundamentales del Existencialismo de J. P. Sartre, con quien convive. De origen católico y con una niñez vivida en un colegio católico, con el advenimiento de la pubertad se aleja de las prácticas religiosas y pierde su fe. Estudia en la Sorbona, ejerce la enseñanza un tiempo, hasta que deja esta tarea para dedicarse exclusivamente a lo que fue el ideal de su vida: ser escritora. Y sin duda ha llegado a ser una de las mujeres que más notoriedad y fama han adquirido en esta tarea: novelas, obras de teatro y de filosofía, traducidas a varios idiomas, son el fruto de su trabajo.

En todas ellas S. de B. desarrolla su Filosofía sobre el hombre, aplicada principalmente a la mujer. Porque la vocación de ambos, hombre y mujer, dejando aparte lo propio de cada sexo, es el *humanismo* o exaltación de su ser humano, que es *pura libertad finita*.

Como Sartre, S. de B. es materialista. La mujer, como el hombre, es exclusivamente material, no supera su cuerpo. El hombre y la mujer están abandonados a su propia suerte, sin nadie ni nada que, fuera de ellos, pueda ayudarlos. Como Sartre, S. de B. se empeña en querer probar que Dios no existe y que el hombre —y la mujer— están totalmente solos.

Hombre y mujer se diferencian tan sólo en su sexo y en su función sexual. En todo lo demás son idénticos y poseen los mismos derechos y deberes. El

(*) ABELARDO LOBATO, *La Pregunta por la Mujer*, Sígueme, Salamanca, 1976, 285 pp.

hombre ha sometido a la mujer como un "objeto", la ha privado de su ser propio: de su *subjetividad* o, lo que es lo mismo, de su *libertad* o *autoelección existencial*. Las diferencias de hombre y mujer no provienen, pues, de su ser natural, sino de la cultura o historia, en otros términos, de la acción con que el varón la ha sojuzgado y la ha privado precisamente de aquello que es —igual que en el varón— su propio ser: su *libertad*.

Ese ser propio humano es el que debe reconquistar la mujer, independizándose del hombre, liberándose de la esclavitud, a la que él la ha sometido. Así como el hombre no se limita a su función sexual, sino que posee independencia de acción, otro tanto debe hacer la mujer: evadirse de su mera función sexual, para actuar con libertad.

Tal la tesis de S. de B.: reconquistar para la mujer su *humanismo* o *libertad*. Y porque la mujer —al igual que el varón— es pura *libertad* —la tesis fundamental de Sartre—, ella *no es*, es un querer trascenderse a sí misma, querer llegar a ser lo que no es, a realizarse según su "proyecto".

Esta trascendencia es finita, es siempre un "proyecto finito", y siempre *fracasado*. La libertad renace sin cesar en nuevos intentos de realización finita, pero sin nunca llegar a realizarse en nada. La *nada* es siempre el final de toda actuación de la libertad, hasta la nada, sin nuevo intento de realización, que es la muerte. Tal la trama del ser humano: una "pasión inútil" (Sartre), algo irrealizable, porque "no es lo que es y es lo que no es" (Sartre).

En sus obras de teatro y en sus novelas y en su libro de tesis: "*El Segundo Sexo*", S. de B. se esfuerza en exponer y probar su tesis. Lo único que interesa a la mujer es recobrar su ser humano, su *libertad*. No importa el fracaso de mujer, de esposa o de madre, lo único que importa e interesa es lograr su ser, su libertad, aunque sea para morir (tal la tesis de su obra "*Las Bocas Abiertas*").

Una pura libertad finita y sin sentido, destinada al fracaso y a la muerte: he ahí el inexorable y triste destino, sin esperanza alguna, de la mujer y del hombre, cerrados por la muerte; y que, sin embargo, S. de B. pretende hacerlo aceptar con valentía y alegría.

Esta concepción del ser humano de S. de B. si bien reconquista un aspecto de la mujer, que es su *libertad*, el autodomínio de su vida, al reducirla a esta pura libertad que "no es" y que "nunca podrá llegar a ser", destinada al fracaso y a la muerte total, conduce evidentemente a una concepción sin esperanzas y sin sentido, a una frustración y aniquilación total del ser de la mujer. *Pesimismo* y *nihilismo*: he ahí el final de esta *pura libertad*, vacía de ser y de auténtica trascendencia real y sobre todo divina, sin la cual no hay trascendencia ni ser alguno.

El ser femenino que se realiza en la entrega generosa, en la donación de sí, en el amor maternal, ha desaparecido en esta concepción de S. de B.

2. — Simone Weil

Judía de raza, de salud enfermiza, S. W. encuadra su ideal de mujer en la entrega generosa al servicio de los demás, especialmente de los desvalidos. Bien pronto ve en el Cristianismo el ideal de esta vida de amor y de entrega. Se encaminó hacia él, lo admiró y quiso vivirlo, pero nunca llegó a abrazarlo.

S. W. amó realmente a los pobres y a la pobreza. San Francisco de Asís fue su modelo, vivió en pobreza y sencillez. Quiso dedicar su vida a ayudar a los marginados de los bienes materiales y espirituales. Llevada de ese idealismo, se equivocó a veces de camino: se alistó entre los "milicianos" comunistas españo-

les, que lucharon contra Franco, y se aproximó demasiado a los partidos y sindicatos de izquierda.

Contra la exaltación del yo y de la libertad de S. de B., sostiene S. W. la necesidad de la negación del propio ser: la *aniquilación propia del ser humano*, a fin de que Dios pueda realizar en él su obra por la gracia. La mujer —y el hombre— con sus pasiones debe morir, para que sólo Dios sea en ella y, con El, el amor a los hombres. De este modo, vacía de sí misma —de sus miserias naturales— la persona —hombre y mujer— se encuentra con Dios y con “el otro”, acepta a los hombres en su condición humana, con todas sus miserias, y los acoge con amor.

En un mundo gobernado por los hombres, S. W. no teoriza sobre la mujer ni reivindica sus derechos, prefiere afirmarse y realizarse como mujer en la entrega humilde y generosa de sí a los más necesitados.

Frente a la mujer marginada de la cultura y del mundo, organizados por los hombres, S. W. se adelanta a su tiempo, y actúa como mujer para aportar lo femenino y transformar con ello al mundo. Y lo hace con su actividad docente, con su acción político-social y con su vivencia y caridad religiosa. En todos estos sectores de acción tuvo dificultades. Porque, en busca de la libertad de la mujer, no siempre supo discernir con prudencia e incluso a veces se orientó por sendas extraviadas, como las del marxismo, que realmente conduce al sometimiento total del hombre y de la mujer, al *totalitarismo*. Bien pronto se desilusionará de esas tentativas. Lo que permanecerá en ella será el amor acogedor a la amistad y la entrega generosa a los demás como realización de mujer.

Su actividad femenina culmina en la experiencia religiosa. Su aproximación al Cristianismo y a Cristo fue cada vez más profunda. Desilusionada de los políticos y sindicalistas, ve en Cristo al Salvador de los hombres. Dios se acerca y penetra en su alma. Ella lo experimenta, pero no acaba con sus dudas e indecisiones, y poco a poco se va alejando de su ingreso en la Iglesia por el bautismo, al que tanto se había aproximado. Reza, pero no se atreve a ingresar en la Iglesia. Teme la opción y perder su libertad, oscila en la incertidumbre. Por momentos cree que ya tiene a Dios en su alma, y que eso basta, sin más. Le faltó el empuje final de generosidad y de humildad para optar y entregarse totalmente a la aceptación de la Iglesia. En el fondo, cierto orgullo y miedo de perder su libertad, la alejó de su entrega a la Verdad y Vida definitivas en la Iglesia de Cristo, por el bautismo.

Sin embargo, ahí queda S. W. como ejemplar de una mujer que quiso realizarse en plenitud y heroicidad femenina y que tan bellas páginas ha escrito sobre la entrega generosa a los demás, como realización de la mujer.

3. — *Edith Stein*

Con su vida y su doctrina E. S. supera e integra los ideales de *libertad* de S. de B. y de *entrega generosa a la verdad y al amor* de S. W. Sin duda, mejor que las otras dos, E. S. ha sabido exponer teóricamente y vivir intensamente en toda su grandeza el ideal de mujer. En su vida de judía y católica, ha realizado el ideal de *mujer fuerte*, que había encontrado en Santa Teresa de Jesús. Precisamente, la lectura de su vida la condujo al Carmelo.

Paso a paso va realizando ese ideal con serenidad y con fuerza sostenida, pese a las grandes contradicciones y dificultades que encontró y que la atribularon durante toda su vida. Se gradúa y llega a ser profesora de filosofía,

junto al más notable filósofo de Europa de entonces, E. Husserl, quien la estima y acoge en su círculo, junto a otros insignes maestros de la filosofía. Con su esfuerzo rompe el prejuicio de que ciertas tareas, como la filosofía están reservadas exclusivamente a los hombres. En su docencia y en sus escritos convence con los hechos de que la mujer está a la par del hombre.

Como mujer católica se esfuerza por lograr que la mujer cristiana tome conciencia de su papel protagónico en la Iglesia y en el mundo y asuma su propia responsabilidad. Se convierte entonces en un apóstol de la mujer en busca de su identidad y de su ubicación cabal en la Iglesia.

Cuando el racismo nazi la aleja de sus cátedras y la priva de sus derechos de enseñar, sin desanimarse y con una gran entereza cree haber llegado el día para ella de poder realizar su ideal de mujer —para el que ya estaba decidida desde hacía tiempo— consagrada a Dios y a sus hermanos —especialmente a la conversión de su pueblo judío— en la vida de carmelita. Con gran serenidad abandona el círculo de la universidad, en el que había realizado su ideal de mujer en el mundo, y entra decidida en el convento de carmelitas para culminar su vida de mujer en su *entrega e inmolación total* a Dios y a sus hermanos, por el amor y el sacrificio.

En el claustro continúa trabajando como universitaria en la elaboración de sus escritos, en busca de una armonía entre el pensamiento contemporáneo —concretamente de la Fenomenología de Husserl— y la Metafísica de Santo Tomás; y en busca también de la elaboración de una *Filosofía Cristiana*, que ella entiende como integradora de la verdad de la razón con la verdad de la Fe cristiana. E. S. intenta integrar los aportes del pensamiento actual con los principios perennes de Santo Tomás: iluminar a aquéllos con la verdad de éstos, y enriquecer a éstos con la incorporación crítica de aquéllos. Su obra constituye un doble esfuerzo de armonización e integración de la filosofía actual —de la Fenomenología— y la filosofía —la metafísica sobre todo— del Aquinate. Nadie como E. S. —filósofa cristiana— ha sabido escribir con tanta exactitud y objetividad sobre la mujer.

No se trata de igualar a la mujer con el hombre. Hombre y mujer son como dos sub-especies complementarias del hombre. Ambos *participan de un mismo humanismo, son igualmente hombres*, en el mismo plano, con los mismos derechos y los mismos deberes, llamados los dos a participar por igual de la vida de Dios y de los ministerios de la Iglesia. Pero como varón y mujer *son complementarios*, el uno para el otro, no sólo en su cuerpo sino en su alma. La mujer es el *adjutorium* del hombre, como el hombre a su vez lo es de la mujer.

Porque para E. S. la mujer *es totalmente mujer: toda su alma y todo su cuerpo es femenino*. Como el varón en su cuerpo y en su alma, es totalmente masculino. Ninguno de los dos es superior al otro, sino llamados ambos a integrarse en una unidad humana y cristiana. Se trata de ser y actividades diversas, las correspondientes al hombre y a la mujer, pero en ningún caso inferiores o superiores las de uno a las del otro.

En cambio, en lo humano, en la actividad social, docente, etc., y en la actividad dentro de la Iglesia cada uno —como varón o mujer— está llamado a trabajar en plano de igualdad humana y cristiana y en igualdad de derechos.

La mujer, sin dejar de ser hombre, igualmente que el varón realiza su humanidad como *mujer*, es *siempre femenina. Es una realización integralmente humana-femenina*.

Y esta nota de femineidad se manifiesta y se realiza en una serie de expresiones propias: en una vida eminentemente afectiva, en una realización de

sí en la generosidad y entrega amorosa y total a los demás, en una intuición de la realidad y de la verdad, en una objetividad de sus juicios, etc.

La mujer, postergada en no pocos aspectos por el hombre y la sociedad, debe ser colocada de nuevo en su debido lugar, al igual que el hombre, guardando las diferencias respectivas ya mencionadas del sexo. La tesis de la igualdad del hombre y la mujer está proclamada ya por Cristo y por San Pablo. Debe ser llevada a la práctica no sólo en el mundo, sino también en la misma Iglesia, donde ha sido no pocas veces marginada o no tenida en cuenta en lo debido.

E. S. lleva su ideal de mujer a la cima de la entrega de *inmolación total de sí*, por amor a Dios y a sus hermanos —especialmente por la conversión de Israel, su pueblo—, en el momento supremo, en que con una gran serenidad y decisión acepta la muerte, a que injustamente la han condenado los nazis en las cámaras de gases letales. Con la misma serenidad y dominio de sí de toda su vida, con la misma grandeza de siempre, realiza en plenitud el ideal de mujer, el mismo que ella había proclamado: *la vida de entrega, de inmolación total, por la muerte, en el amor.*

4. — Conclusión

De las vidas y doctrinas de estas tres mujeres “tipos”, el autor de este extraordinario ensayo, compara y discute sus conclusiones, a veces coincidentes, a veces opuestas, y otras complementarias. S. de B., exalta el yo y la libertad de la mujer. El único valor, que da sentido a la existencia —si se puede hablar de valor en un existencialismo nihilista— es la afirmación del yo o la libertad. Pero este valor no es alcanzado sin mutilación de la esencia misma del alma femenina: su realización como *adjutorium* del hombre, como entrega amorosa a la vida de los demás, en una maternidad material o espiritual, y también en un desposorio material o espiritual. En S. de B. está ausente y casi despreciado nada menos que este sentido maternal que constituye a la mujer en su alma femenina, y que ella equivocadamente reduce a una cuestión puramente biológica, frente a la afirmación clara y decidida de E. S. de que “*la mujer es totalmente femenina*”, no sólo en su cuerpo, sino también en su alma espiritual, y, desde ésta en todo su ser. Al reducir a la mujer y al hombre a un ser puramente corporal, y al arrojar a Dios del ámbito humano, S. de B. condena a la mujer a la frustración, la desesperanza y el nihilismo. Una sola nota tiene en su favor: la afirmación del yo y de la libertad de la mujer, como autorrealización y liberación del sometimiento.

S. W., sin teorizar, busca la libertad y a la vez la realización de la mujer en la entrega al servicio de los demás, bien que a veces lo hace por senderos desviados y contrarios a una auténtica libertad. Se acercó, pero no llegó nunca a alcanzar la plenitud de la mujer. Su indecisión y su orgullo le impidieron alcanzar la meta de su entrega y unión con Dios, en la Iglesia, con su incorporación a Cristo.

En cambio, E. S. en un camino ascendente enriquecedor, tanto en la doctrina como en la praxis de su vida, se aproximó sin cesar hasta alcanzar, al final de su existencia, en su inmolación y martirio, el ideal de mujer: *dar la vida por la salvación de sus hermanos.*

Admirablemente expuesto en toda su grandeza el ideal de mujer —ya dijimos que para E. S. es idéntico con el del hombre, como persona— la mujer es

totalmente femenina en su cuerpo y en su alma, y debe realizar aquel ideal de *humanidad —y de humanidad cristiana— como mujer*, en una función complementaria con el hombre, que no implica ni inferioridad ni sometimiento.

Los valores de libertad de S. de B., de entrega amorosa a los demás de S. W., sin sus limitaciones ni desviaciones, están integrados en esta visión superior de la mujer de E. S.; ideal que ella además supo realizar paso a paso, sin retrocesos ni desviaciones, en un camino ascensional, en una vida nada fácil, cuajada de dificultades, y que culmina, en el sacrificio de su vida, en el martirio, en aras del amor de Dios y de sus hermanos.

5. — *La obra del P. Lobato*

La obra está planeada y organizada con un orden claro y sencillo, a través de las tres protagonistas, que exponen su ideal de mujer en sus escritos y que lo encarnan en sus actitudes y en su vida. El P. Lobato ha expuesto el pensamiento de las mujeres mencionadas, con gran fidelidad y objetividad a sus escritos, cuidadosa y constantemente citados. Y a su vez, ha sabido vincular hábilmente esta doctrina escrita con la realización respectiva de mujer, de cada una de ellas, en el transcurso de su existencia.

El autor ha logrado además adentrarse en el pensamiento y en el alma de las protagonistas de su libro, y ha sabido desentrañar y formular con objetividad —no exenta de simpatía— el ideal de mujer, que emana de los escritos y de las mismas vidas de las protagonistas. Son las actoras de esta obra, quienes nos hablan y relatan su pensamiento y quienes nos hablan y descubren su ideal y las riquezas de la mujer en sus propias actitudes. El autor les hace exponer su propio pensamiento.

Y a través de ese trabajo de búsqueda de lo que es la mujer, en estas tres mujeres sobresalientes, Lobato ha alcanzado *extractar y perfilar el ideal de la mujer en sí misma*, señalar los trazos de un esbozo de lo que es y de lo que debe ser la mujer, superados los prejuicios y obstáculos que hasta ahora ha encontrado en el mundo.

Con un estilo limpio y claro, y a la vez caudaloso y preciso, los temas se van desarrollando armoniosamente, en un orden lógico y vivido, al filo de los textos de las protagonistas, que el autor ha sabido entrelazar con honradez, sagacidad y maestría.

Se trata de un libro serio sobre la mujer, que leerán con provecho hombres y mujeres. Un libro filosófico sobre la mujer. Y, sin embargo, un libro de fácil lectura, que se deja leer, que toma al lector del principio al fin, y que, a través de tres tipos de mujer, ofrece al lector los puntos esenciales *para una Fisonomía y para una Filosofía de la mujer*.